



## PERFECTA

La niña de la nariz rampante sigue en el fondo del espejo, a pesar del afán que tiene la mujer porque desaparezca, junto con los demás recuerdos. Hoy le ha parecido a la mujer que hasta las garras están más afiladas. Pero María, que así se llama la mujer, quiere rescatar todos los recuerdos, incluso la niña y su nariz, del fondo del espejo, donde permanecen agazapados; ansía vivirlos por última vez y empezar con pie ligero, con luz distinta, a vivir de nuevo. María se mira al espejo y murmura: “Perfecta”. El espejo repite: “Perfecta”. Pero la niña de nariz rampante, indeleble, apaga el momento. Una llamada de ira y una oscura esperanza hacen que, por el momento, desaparezca la niña, y el lugar que deja esta lo ocupa otra mujer: la mujer de antes. Y las dos imágenes, la de ahora y la de antes, permanecen ante ella. Se miran entre sí las tres mujeres, más bien se escudriñan, que es más que mirarse. Una mira con la señal de los años, que es la mujer del recuerdo, que es la que más vibra; las otras dos, frescas, iguales, clónicas. La más vieja ha acumulado los signos del tiempo, las otras dos, recién nacidas, impecables, todavía sin arrugar. Las dos mujeres, la de fuera del espejo y su reflejo en el azogue, han avanzado juntas, han borrado las sucesivas mujeres que han sido, mujeres etapa, hasta lograr la perfección. La mujer de antes permanece con la fealdad y el deterioro del tiempo.

Y, ahora que está todo en su lugar, hasta esta sonrisa que apenas mancilla el rostro, que de tan leve y fugitiva apenas es la mirada de un ángel, ahora la mujer siente que es el momento de ponerse a borrar los recuerdos.

Pero están los ojos que lo miran todo, que lo han visto todo, son los testigos que perduran, son los ojos de siempre. Sí. Los ojos de siempre con distinta nariz, los mismos ojos que se encuentran raros con la nueva boca, los mismos ojos con otro mentón, también han variado los pómulos, hasta que, al

fin, los ojos, completamente orientales, se extrañan a sí mismos.

Los ojos, ya con su nuevo oriente, se unieron a la belleza de ahora que surgió en sucesivas visitas a los quirófanos, donde están los mejores constructores de belleza, los que han hecho posibles los sueños de la mujer de la nariz rampante. Países cuyo paisaje ha sido el quirófano; manos y voces tranquilizadoras que han sido paisaje. Manos de países que han dejado su huella en el cuerpo de la mujer, manos de las que sólo sabía la perfección que infligieron, países que han hecho que desaparecieran las similitudes con la mujer del recuerdo.

La primera perfección fue en la cabeza; con los ojos recientes, asume las rectificaciones que se hacen en el cuerpo, del que puede elegir todo: nuevos senos, nuevas nalgas, el estómago nuevo y la nueva cintura.

La mujer natural, la que debieron ser las otras dos en el tiempo, recuerda las sucesivas mujeres que ha sido a través del quirófano, hasta llegar a la perfección actual.

La belleza actual es tan de ahora, tan impoluta, que parece irreal; no tiene pasado, no tiene huella ni etapas. María se ha ocupado, conforme avanzaban las correcciones, de romper las fotos que contenían la fealdad anterior, las que contenían la imperfección. Solamente existe la mujer de ahora, la mujer perfecta.

Las primeras fotos que desaparecieron fueron las de la nariz, a los dieciocho años: fue un nuevo nacimiento, y las correcciones que siguieron fueron sucesivos nacimientos. Nació una fila de mujeres, como hermanas de una familia numerosa, en que cada una se parecía a la anterior pero más guapa, hasta que la última, al reunir todas las perfecciones, tenía con sus hermanas mayores un lejano aire de familia, aposentado en cualquier lugar, tan indefinido que apenas se nota. Pero como han desaparecido todas las fotos de las sucesivas mujeres etapa, no se puede documentar. María sabe que hasta ahora ha vivido para conseguir la perfección que ella posee. Ya es posible vivir en la felicidad de la belleza.

Antes de descansar en la belleza quiere destruir todo sobresalto, y para ello ha de desaparecer el fuego en la mirada de una niña que con toda la tristeza del futuro mira la foto de su primera comunión. Allí está el recuerdo que siempre rechazó, contra el que primero luchó y que pervive. La nariz que hacía sombra en su cara, persistente, insolente, que amargó su niñez y ahogó su adolescencia.

La mujer, desde su belleza, desde su perfección, sueña con un hijo. ¿A quién se parecerá el hijo: a la niña del recuerdo con nariz rampante o a la mujer de ahora, de tan diamantina belleza? ¿Será suficiente el amor que profesa a la

María actual para conseguir un ser perfecto? ¿Acaso persiste la niña infeliz? Los nervios, la sangre, la piel, el color de los ojos, son los mismos que hicieron a la niña de nariz rampante la del lejano retrato.

Desolada, la mujer se da cuenta de que esta belleza de quirófano nace y termina en sí misma.

Josefina Zamora, 15/06/1988